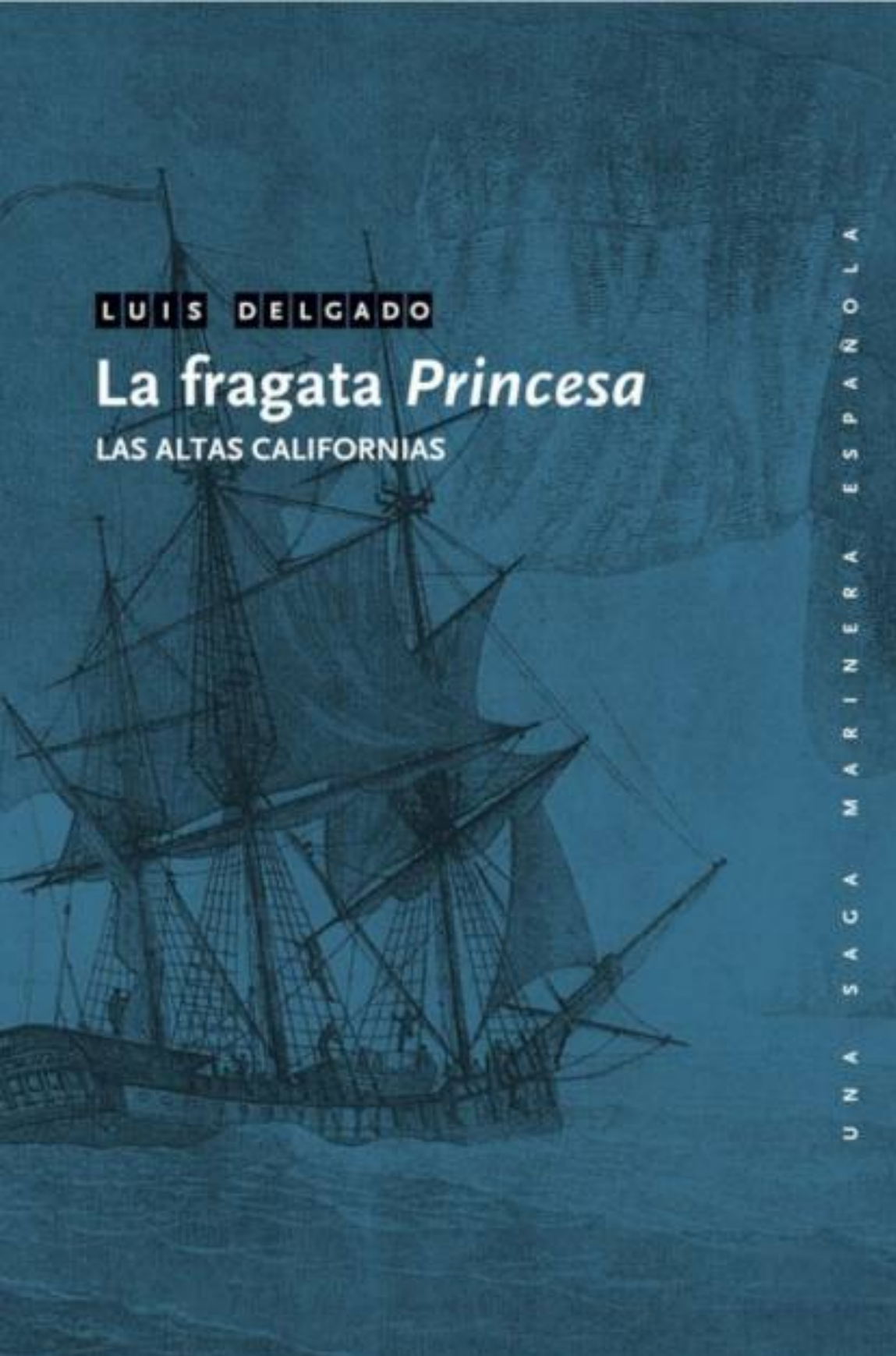




LUIS DELGADO

La fragata *Princesa*

LAS ALTAS CALIFORNIAS

UNA SAGA MARINERA ESPAÑOLA

En este quinto volumen de su serie de novela histórica, Luis Delgado fuerza un cambio brusco en el escenario geográfico para trasladar al lector hacia las Indias. Su protagonista principal, el ya teniente de fragata Francisco Leñanza, es destinado al Apostadero de San Blas, en la costa mejicana occidental de nuestros días. El foco histórico elegido por el autor para esta nueva entrega es el de las expediciones marítimas en el noroeste americano, donde los marinos españoles cierran el círculo descubridor del nuevo continente por las costas actuales de los Estados Unidos, Canadá y Alaska.

Leñanza toma el mando de la expedición naval que, desde San Blas, se dirige hacia las islas Nutka para posesionar y fortificar en nombre de España, embarcado en la fragata *Princesa*. Y es allí donde surge el importante conflicto con los buques e intereses británicos, que llevan las relaciones entre ambas naciones hasta un punto cercano al rompimiento de hostilidades, recién inaugurado el reinado de Carlos IV.

Luis Delgado maneja con su habitual maestría los hilos de la rigurosa narración histórica y los avatares novelescos de sus personajes, para entregarnos una obra en la que priman las situaciones comprometidas, espectaculares y desconocidas de nuestra rica y extensa Historia Naval, que obligarán a su continua y apasionada lectura desde las primeras páginas.

*El que no sepa rezar, que vaya por esos mares, y
verá que pronto aprende sin enseñárselo nadie*

Refrán marinero

*Al establecerse en una isla o recóndita colonia, el
primer edificio que levanta el español es una igle-
sia; el francés, un fuerte; el holandés, una factoría;
el ruso, una cárcel, y el inglés, una taberna.*

Enseñanza histórica

Nota

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores, me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción, utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan solo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y episodios claramente novelescos, son fruto absoluto de mi imaginación.

Llegó la hora de dedicar una de mis obras a quien, sin duda, más lo merece.

Esta va por ti, rubia.

Además de reiterar mi permanente agradecimiento al personal de los diferentes Archivos de la Armada, en esta ocasión deseo expresar uno muy especial a Francisco Fuster Ruiz, profesor titular de la Facultad de Ciencias de la Documentación en la Universidad de Murcia, y antiguo Director Técnico del Archivo General de la Armada, por su magnífica tesis, *El Final del Descubrimiento de América*, que detalla nuestra extraordinaria aportación descubridora

en la costa noroeste de dicho continente, así como por sus observaciones personales en amenas conversaciones, que me han ofrecido una importante documentación, necesaria para escribir esta obra.

Prólogo

Dice un refrán español en sentencia habitual, que no hay quinto malo. Puedo asegurar que las experiencias vividas a lo largo de varios años en buques de la Armada, me confirmaron por derecho tal conjetura, y no es que haya dudado jamás de tantos y sabios proverbios que acarician nuestra lengua, que si en tierra presentan su importancia, en la mar se convierten en la mejor de las escuelas y de obligado cumplimiento. Es cierto que ese número ordinal persiguió mi andadura durante años, hasta convencerme de su bondad y feliz cobertura. Embarqué en diversas unidades cuya numeral remataba en el querido cinco, fragatas y destructores en los que viví momentos inolvidables, acompañado por la suerte que todos necesitamos.

Comprenderán, por lo tanto, que aborde con franco optimismo este quinto volumen de la colección de novela histórica, Una Saga Marinera Española, una serie que parece tomar brioso cuerpo y positiva consistencia, en contra de los agoreros que le pronosticaban con su proverbial entusiasmo una escasa y corta andadura. Son muchas, sin duda, las razones que pueden dar a pique con una empresa de tal envergadura, en especial el cansancio del lector, la paciencia del editor o la moral del autor, que todo es posible en estos menesteres. Pero si, como parece, la crítica general se mantiene a favor, pueden estar seguros que no desmereceré de tal apoyo y continuaré con la tarea emprendida,

aunque todavía me asuste de lejos su complicado y extenso aparejo.

Reitero, como punto de cierta importancia, el empeño establecido para que cada nueva entrega pueda acometerse sin la necesaria lectura de los volúmenes anteriores. Intento que cada obra de la serie conforme un mundo propio y particular, aunque se recuerden, de forma inevitable, momentos vividos en las etapas precedentes, que ofrecen importantes perspectivas a cada nueva entrega.

Por las razones expuestas, considero conveniente y necesario recordar en este prólogo, con la suficiente discreción, los principales momentos de los cuatro volúmenes anteriores. De esta forma, el lector que acomete este volumen sin experiencias previas en la colección, podrá hacerse una idea general de la serie.

En la obra inicial, La galera «Santa Bárbara», el primer personaje de la familia Leñanza y promotor de la saga, apodado Gigante, era un honrado joven castellano que buscaba cumplir su escondido sueño de navegar por mares lejanos y conocer parajes desconocidos, como tantos españoles que engrandecieron de esta forma su patria y su nombre.

Concedida la necesaria autorización paterna, abandona su humilde casa en Fuentelahiguera de Albatages, pequeño municipio de la provincia de Guadalajara, con el corazón henchido de esperanzas. Para su desgracia es condenado, por interesada y falsa denuncia, a la pena más terrible que podía sufrir un hombre en aquella época, seis años como forzado a galeras; a bogar encadenado en aquellos terribles buques de la Real Armada que, sin embargo, tanta gloria y miseria encerraron entre sus cuadernas. Por fortuna, el pobre castellano encuentra un final feliz y puede regresar a su añorado pueblo, donde le es posible crear una familia y enriquecer su hacienda.

En la segunda obra, La cañonera «23», el hijo de Francisco Leñanza, también apodado en su hogar como Gigan-

te por sus recias hechuras y fornida musculatura, siente el mismo gusanillo de la aventura marinera que sufrió su progenitor a temprana edad, esa especial llamada de la mar a la que sucumbieron tantos recios hombres de tierra adentro, hasta alcanzar algunos de ellos los más altos empleos en la Armada. El padre consiente en sus deseos, aunque prepara un plan adecuado para que su querido vástago no llegue a sufrir las penalidades por él mismo padecidas. De esta forma, sorteando a generoso precio los vericuetos legales en la Corte, consigue que su hijo siente plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar un necesario expediente de limpieza de sangre tan impecable como falso, unos manejos que se producían con frecuencia en aquellos años para los que aportaban suficiente fortuna.

Gracias a los sabios manejos del padre, nuestro protagonista se convierte en el guardiamarina don Francisco de Asís Jerónimo Pascual de Leñanza y Martínez de los Cobos, un noble personaje bien distinto al humilde joven que abandona su pueblo, para recibir la necesaria instrucción y aprendizaje de caballero en la Corte.

En el mencionado volumen se narran las peripecias del guardiamarina en el Colegio Naval de Cartagena, los primeros contactos con la mar, su heroica actuación formando parte de las cañoneras del general Barceló en el Gran Sitio de Gibraltar, así como los novelescos avatares que se suceden a continuación en compañía de su inseparable compañero, Pecas, más propios de epopeya popular. Como necesario aderezo, aparecen los vaivenes sufridos en su primer amor, Cristina, hermana del gran amigo.

La tercera obra de la serie, La flotante «San Cristóbal», basa su momento histórico en la que pudo ser gloriosa jornada del 13 de septiembre de 1782, el ataque combinado y definitivo contra la plaza sitiada de Gibraltar por medio de las baterías flotantes, cascos de viejos mercantes acondicionados con las ideas del inventor francés *monsieur* D'Arcon. Gigante consigue embarcar en una de ellas, bajo

el mando del capitán de fragata don Federico Gravina y Nápoli, que tan merecida fama alcanzaría con el paso de los años.

Continúa el protagonismo del jefe de escuadra don Antonio Barceló en este volumen, las desafortunadas vacilaciones del teniente general Córdoba, al mando de poderosísima escuadra, en lo que acabó por llamarse combate del cabo Espartel, así como las acciones del inseparable amigo y compañero Pecas, que toma la voz en algunos capítulos. También se presentan momentos de dicha y dolor en los amores de nuestro protagonista con la hija del duque de Montefrío, que sufren los rigores de la época.

En la cuarta entrega, El jabeque «Murciano», tomo como foco histórico de referencia las jornadas de Argel, para abordar, de forma particular, la acometida en el verano de 1784, que cimentó las bases de la paz acordada con la Regencia argelina, santo y seña de la piratería berberisca que tanto dañaba las costas y comercio mediterráneos. Nuestro protagonista, el ya alférez de navío Francisco Leñanza, Gigante para nosotros, se recupera de las heridas sufridas en la jornada de las flotantes, una vez contraído matrimonio con la hermana del gran amigo.

Repuesto de cuerpo y alma, amansados sus amores y extrañando la mar desde la dehesa extremeña, Gigante sigue los consejos de su admirado general Barceló y embarca en el jabeque Murciano, unidad entroncada en la escuadra que, bajo el mando del bravo marino mallorquín, se dirige a la bahía de Argel para castigar la ciudad, sus defensas y fuerzas navales.

Como fue diario acaecer en los buques de la Real Armada, asistiremos en este volumen a encarnizados combates, duros temporales y alguna de las sorpresas, épicas muchas de ellas, que siempre la mar y la guerra acechan en sus aguas a cualquier embarcación.

Y ahora abordamos el quinto volumen de la serie, que espero mantenga a los lectores enganchados a importantes

retazos de nuestra Historia Naval, a la vez que interesados en los novelescos episodios de nuestro personaje, el ya teniente de fragata Francisco de Leñanza. Podrán comprobar que llevo a cabo un cambio brusco en el escenario geográfico, para instalar a nuestro héroe particular en las costas americanas del Pacífico. En el Apostadero de San Blas, hoy territorio mejicano, se desarrollan los acontecimientos que originan su posterior embarque en la fragata Princesa, que da título a la obra.

El foco histórico escogido para este volumen es el de las expediciones llevadas a cabo por unidades de la Armada en el noroeste americano, cuando en realidad se consigue perfeccionar el mapa de la América del Norte en su costa occidental. Se trata, sin duda, de una magna empresa que corresponde por derecho propio a la Marina española, años antes de las expediciones de otros navegantes como James Cook y el conde de La Perouse que, sin embargo y como nota habitual de esa historia escrita con tan escaso rigor, acapararon la gloria absoluta de muchos descubrimientos llevados a cabo por marinos españoles. No debemos olvidar que cuando en 1822 los miembros de la Armada se ven obligados a abandonar la zona mejicana, han completado un círculo histótico inmenso: Ser la primera Institución en llegar a América y la última en abandonarla, llevando a cabo la gigantesca labor de descubrimiento y levantamiento de la costa americana casi en su totalidad.

Como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con la lectura de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos, pero de trascendental importancia, en nuestra Historia Naval y, por lo tanto, de España. Como siempre he preconizado con absoluta sinceridad, mantengo la obligada premisa de ofrecer el máximo rigor histórico en mis narraciones, porque no considero permisible frivolizar con temas tan serios como la Historia.

Siguiendo la línea marcada desde un principio, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo

de aquellos años, se incorporan diversos hechos novelescos de mis personajes, que ofrecen el condimento imprescindible en toda obra, para hacerla amena y atractiva. Deben tener en cuenta que aunque se trate de los necesarios elementos de ficción que ayudan a conformar una novela histórica, no lo son tanto para quien los ha creado y convive largo tiempo con ellos en estrecha comunicación. Les aseguro que como hijos muy queridos, pues eso son en realidad, Gigante, Pecas, Cristina y Setum ocupan ya un hueco muy especial en mi vida.

Y tras una corta pausa, comienzo a observar entre la boira del horizonte las siguientes entregas. Atravesaremos los momentos iniciales de la Revolución Francesa, que nos llevaron a un extraño entendimiento con los ingleses, para entrar a saco a continuación en acciones navales de gran importancia, una vez declarada nueva guerra a la Gran Bretaña, norma habitual y repetida en el siglo XVIII. Pero, bueno, eso llegará en su momento.

LUIS M. DELGADO BAÑÓN

1

Mar abierta

Un manto azul abarcaba el mundo de parte a parte, puro y celestial calafateo sin resquicio posible. El horizonte, aparente línea de separación entre la vida y la muerte, se rendía en círculo a mis pies, como si una campana de cristal, brillante y prodigiosa, se hubiera posado dulcemente sobre las aguas. Sé por experiencia que no existe visión comparable a la de la mar abierta en profundidad infinita, cuando se aparece como dulce e ingenua doncella en calma dichosa, sin deseos aparentes de engullir los inventos humanos que por su alma transitan. Y allí me encontraba feliz de cuerpo y espíritu, izado en la cofa del palo trinquete^[1] del navío de dos puentes^[2] San Ildefonso, orgullo de la construcción naval en nuestros arsenales, navegando en un punto del océano Atlántico a caballo entre la vieja España y las jóvenes Indias, mientras el alba se ceñía avante y cambiaba sus colores en fantástica progresión.

Saben quienes ya me conocen, por haber leído algunas de mis tristes y felices experiencias, que abordo estos recuerdos cuando pocas singladuras^[3] restan a mi cuerpo. Fiel a la costumbre desde que sentara plaza de guardiamarina en la Escuela Naval de Cartagena, los primeros y ya lejanos días en mi querida Armada, solía disfrutar de la celestial visión marinera bien arriba de los palos, al alba, esos es-

peciales momentos en los que la luz se abre a un nuevo día. Aquella en concreto era una amanecida de incomparable belleza, con horizontes claros y cielos despejados, entrados en la segunda mitad del mes de marzo del año del Señor de 1788.

Los que hayan seguido con atención el cuaderno de bitácora^[4] de mi vida, habrán comprobado que retomo estas líneas, que intento aparejar con ventura y aliño marinero, cuatro años después. Y no crean que me acaricia la holganza de corazón tan natural a la avanzada edad que disfruto o peno, sino que decidí entrar a repique en faena de mar, con lo que los recuerdos humedecidos por la brisa de las aguas se me hacen más felices a la pluma, hasta el punto de navegar la mano por cuenta propia y sin esfuerzo aparente. Pero no teman haber perdido parte de mi azarosa vida, que los pondré al día, dentro de lo posible, en un breve resumen.

Creo que cerré estas páginas algunas semanas atrás, cuando les narraba momentos duros y felices a bordo del jabeque^[5] *Murciano*, tras el combate mantenido con aquella fragata argelina que intentaba cobrar presa cristiana en redondo y franca superioridad. Pero nos favoreció una vez más el dios de la mar y pude regresar a la hacienda familiar de Santa Rosalía, donde descubrí a Cristina con nuestro primer hijo en sus brazos, un nuevo Gigante a primera vista, con solo observar sus recias hechuras. Ese lejano apodo que arrastrara mi padre en pavorosa desventura, se había amadrinado a los Leñanza y a la Armada por generaciones, que ya eran tres con el recién abierto a la vida.

Intento pasar por alto o con cierta ligereza aquellos cuatro años, porque de rutina y seco puro podría denominarlos, en comparación con otras fases de mi vida a las que ofrezco mayor importancia e interés para los que alcancen a leer estas páginas. Gocé a fondo de ese especial sentimiento que se siente al comprobar que nuestra carne y

nuestra alma se extienden en una nueva vida que, aunque separada, forma parte de nosotros mismos. Sin embargo, me incorporé a mi destino pocas semanas después, cuando el jabeque Murciano había restañado sus heridas abiertas por temporal y fuego, hasta quedar a flote como dama en ejercicio. Y aunque parezca milagroso que animal herido de muerte recomponga sus costuras con tan pulcra exactitud, no son más que prodigios propios y habituales en los arsenales de la Armada, difíciles de creer sin comprobarlos a la vista.

Nos manteníamos en periodo de paz alargada y, tras el castigo ofrecido a la Regencia argelina, no parecían los piratas berberiscos muy dispuestos a ofendernos de nuevo con sus naves enviadas al corso, que tanto dañaban nuestro comercio y los mismos pueblos levantinos y baleares. Sin embargo, con esa valentía verbal tan procáz y habitual en ellos, comenzaron a propalar lenguas sobre el escaso daño que le ofreciéramos en la pasada jornada. Por esta razón, se ordenó aprestar una tercera expedición bajo las órdenes de nuestro querido general Barceló, que la dispuso en este caso con todo lujo de medios y bajeles, de forma que llegarán las noticias con detalle a los cerrados oídos del Dey argelino.

Tal y como se preveía, causaron el efecto perseguido los preparativos navales, por lo que comenzaron a manifestarse nuestros vecinos africanos más propicios a la negociación. Pocos meses después, recibidas de la Regencia seguridades de estar dispuestos a conversar sobre la necesaria paz, acudió al puerto de Argel el general Mazarredo con una división compuesta por dos navíos y dos fragatas, arbolando bandera de parlamento. La escuadra española fue saludada por la plaza con los máximos honores, 21 cañonazos, y comenzaron las conversaciones en un duro tira y afloja que a punto se encontraron de ruptura total, dadas las inadmisibles exigencias del Dey.

Por fortuna, tras la segunda conferencia y rebajadas las tablas a cubierta, se dio a la vela Mazarredo en tornaviaje con argumentos suficientes para hacer posible el tratado de paz y amistad, que se firmó el 14 de junio de 1786. Contaban entre las condiciones principales, cesar automáticamente el corso y la esclavitud, así como el establecimiento de un consulado español en Argel y otras prebendas para nuestros compatriotas en aquellas tierras. De esta forma, firmados los acuerdos con las Regencias de Argel, Trípoli y Túnez, al cabo de los siglos quedaban libres de enemigos y piratas los mares desde los Reinos de Fez y Marruecos en el Océano, hasta los últimos dominios del turco en los confines del Mediterráneo.

Mucho agradeció el pueblo llano tal conquista, fomentada con nuestras armas en la pasada jornada de castigo a la capital argelina. De esta forma, dábamos fin a la esclavitud de tantos miles de pobres inocentes, a la vez que se poblaban y cultivaban con inusitada velocidad más de 300 leguas de terrenos en la costa Mediterránea, los más fértiles de España según palabras del mismísimo conde de Floridablanca, entrados en alivio de la permanente amenaza berberisca.

Sumada a la paz con los bótanos la alcanzada con las regencias, el número de buques que tomaron el camino de los muelles de desarmo^[6] aumentó en forma notable para nuestra desgracia. Al tiempo que las arcas públicas intentaban recuperarse de la última y alargada guerra con los ingleses, ahorrando caudal en armas y bastimentos, parecíamos olvidar una vez más en suicida repetición, que es en los periodos de paz cuando se deben ejercitar las maniobras y ejercicios de guerra que nos hicieran evitar la debilidad mostrada ante el enemigo en combate. Pero parece que los Reyes y sus secretarios olvidan con extrema rapidez los males padecidos, como si el periodo de paz debiera alargarse hasta el infinito, aunque ya se embastaran en sus cabezas planes de confrontación con otras potencias.